

LA RAMITA DE OLIVO Pentecostés

J.I. - 2º

Había una vez, después de que Jesús se fuera al cielo, una casita con las ventanas cerradas.

Dentro de esa casita vivían sus amigos. Eran once, más algunos otros que también le querían mucho. Pero estaban tristes. Muy tristes.

No porque hubiera tormenta fuera. Fuera, de hecho, brillaba el sol.

Estaban tristes porque dentro de sus corazones todo estaba gris. Como si una lluvia muy larga hubiera mojado sus esperanzas.

—*Jesús se fue* —decía uno.

—*¿Y ahora?* —preguntaba otro.

—*No sé si seremos capaces* —susurraba el más pequeño.

Y allí estaban, encerrados, sin cantar, sin reír, sin salir.

En lo alto de una montaña muy lejana, una palomita blanca llamada **Paz** recibió un encargo especial.

No era un encargo cualquiera.

—*Lleva esto a los amigos de Jesús* —le dijo una voz suave que venía del cielo.

La palomita miró lo que debía llevar.

No era una carta. No era un paquete. No era un mensaje escrito.

Era una ramita de olivo. Pequeña, verde, con dos hojitas tiernas.

—*¿Solo esto?* —preguntó la palomita, un poco sorprendida.

—*Solo esto* —respondió la voz—. *Pero es la ramita de la paz nueva. La que yo, Dios, ofrezco al mundo después de cada tormenta. Los amigos de Jesús necesitan saber que el diluvio de la tristeza se ha acabado. Ha llegado un nuevo comienzo.*

La palomita guardó la ramita con mucho cuidado y alzó el vuelo.

Voló sobre montañas, sobre ríos, sobre bosques dormidos hasta que llegó al pueblecito de la casita cerrada. Se posó en el alféizar de la ventana. Dentro, los amigos de Jesús seguían cabizbajos, sin hablar. La palomita picó suavemente con el pico.

Tap, tap.

Nadie abrió. Picó más fuerte.

Tap, tap.

Uno de ellos levantó la cabeza.

—¿Oyes? —preguntó.

—Es una paloma —dijo otro.

Se acercaron a la ventana.

La palomita no tenía miedo. Estaba allí, tranquila, con la ramita de olivo en el pico.

—¡Mira lo que trae! —exclamaron.

Abrieron la ventana.

La palomita entró volando y dejó caer la ramita en medio de la mesa.

En ese mismo instante, ocurrió algo maravilloso.

La ramita comenzó a brillar. No con una luz cualquiera, sino con una luz dorada y cálida, como la del sol cuando entra por la ventana un domingo por la mañana.

Y de esa luz salieron pequeñas lenguas de fuego que se posaron sobre la cabeza de cada uno de los amigos de Jesús.

—¿Qué es esto? —preguntaron, asombrados.

No era un fuego que quema. Era un fuego que enciende el corazón.

De repente, entendieron. Entendieron que Dios no los había dejado solos. Entendieron que la tristeza se había acabado.

Entendieron que comenzaba una nueva historia.

—¡Es el Espíritu Santo! —gritó uno.

—¡Es la paz nueva que Dios nos regala! —dijo otro.

—¡Salgamos a contarlo! —exclamó el más pequeño, que ahora se sentía el más grande.

Salieron de la casa corriendo, con los brazos abiertos, con las mejillas sonrosadas, con la boca llena de palabras bonitas.

Y la gente del pueblo, al verlos tan felices, preguntaba:

—¿Qué os ha pasado? ¿Os ha traído algo el cielo?

Ellos sonreían y enseñaban la ramita de olivo, que seguía brillando suavemente.

—El Espíritu de Dios ha venido a nosotros —decían—. Ya no estamos solos. Nunca más estaremos solos. La paz que trajo esta palomita es para siempre.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/pentecostes/>

Y aquel día, el pueblo entero se llenó de alegría. Las puertas se abrieron. Las ventanas también. Y la gente, que antes hablaba cada una en su idioma, se entendía perfectamente porque el amor entiende todos los idiomas.

La palomita Paz se quedó un rato más, posada en el tejado. Vio cómo los amigos de Jesús salían al mundo con valor.

Vio cómo compartían pan, abrazos y palabras de esperanza. Vio cómo el corazón gris del mundo se iba llenando de color.

Entonces suspiró contenta, batió sus alas blancas y emprendió el vuelo de regreso a la montaña. Pero antes de irse, dejó caer una pluma blanca sobre la casa.

Y esa pluma, dicen, sigue flotando en el aire cada vez que alguien decide abrir la ventana de su corazón y dejar entrar la paz de Dios.

*La palomita no trajo una carta,
trajo una ramita de olivo.
No era una rama cualquiera:
era la señal de que la tristeza se había ido
y de que el Espíritu de Dios
quería vivir para siempre
en el corazón de sus amigos.*

Natalia Gómez

1. La Pa - lo - ma Men - sa - je - ra con a - le - te - o te - naz, te - naz
2. Des - de lo al - to en el Cie - lo ba - ja la Luz, la Di - vi - na Luz.

3
nos trae des - de le - jos un men - sa - je de Paz.
Pa - lo - mi - ta blan - ca mi Co - ra - zón lle - nas tú.

<https://ideaswaldorf.com/la-paloma-mensajera>